

ocurriendo en Argentina y Chile. Por lo tanto, el debate peruano acerca de la democracia tenía otros correlatos. Estaba descartada la opción de “izquierda”, en gran parte como resultado de la derrota de Izquierda Unida en las elecciones presidenciales de 1985 y de la división dramática de dicha organización en su primer congreso, de enero de 1989. Por ello, los zorros, ya un tanto envejecidos y curtidos por la vida política peruana, dejaron el espacio abierto para la dispersión de los sectores sociales que se habían visto reflejados en sus planteamientos. Según Gonzáles, “IU dejó de ser un espacio de confluencia de sectores intelectuales que habiendo ganado gran presencia en la cultura peruana se encuentran ahora en una posición marginal, facilitando la rápida legitimidad de las ideas liberales” (pp. 256-257).

Las causas de este fracaso son múltiples. Quizás se explique por los lares derivados de los orígenes sociales o de la formación católica de casi todos los zorros. Gonzáles alude aquí a la particular concepción de la política, que puede asociarse al pensamiento católico, como redención, referida a valores metasociales, y no a un ámbito de relaciones de poder que se deben administrar en un campo laico, sin referentes situados fuera de lo propiamente social.

Por otro lado, quizás se explique por las dificultades de inserción en la política contingente de intelectuales acostumbrados al debate y al análisis más que a la negociación y a la búsqueda de consensos. Esas dificultades impiden la inserción en un sistema político altamente estratificado, con estructuras que no descansan en la capacidad especulativa sino más bien en la profundidad de los lazos establecidos con distintos grupos sociales.

El autor no proporciona una respuesta definitiva pero alude a estos factores como elementos susceptibles de ser tomados en consideración para explicar el fracaso de este proyecto, que es, en definitiva, el problema que enfrentó Osmar Gonzáles al escribir este excelente trabajo de historia intelectual.

FRANCISCO ZAPATA

ALAIN DE REMES, *The Causes of Juxtaposition: A Theoretical Framework for the Study Municipal and State Elections in Mexico*, México, Centro de Investigación y Docencia Económicas, División de Estudios Políticos (documento de trabajo núm. 96), 1999.

Desde la década de los ochenta se ha observado un cambio en el mapa electoral del país. Cada vez es más frecuente la alternancia política en el ámbito estatal y municipal. La creciente pluralidad política obliga a los especialistas

del tema a utilizar otros enfoques con el fin de aprehender una realidad, indudablemente, más compleja. De este modo, los análisis no pueden remitirse únicamente a las acciones de carácter nacional —límites a los poderes metaconstitucionales del presidente— sino que es necesario complementarlos con los relativos a los procesos electorales locales, porque sólo así se puede obtener una imagen más completa de la democratización del sistema político mexicano.

En este tenor se inscribe el esfuerzo teórico emprendido por Alain de Remes, quien discute algunas líneas de investigación referentes a las políticas subnacionales. Para ello, toma como unidad de análisis el municipio e integra las dimensiones macro y micro del fenómeno de los gobiernos yuxtapuestos. Así pues, utiliza las teorías estructuralistas para estudiar las interacciones entre las estructuras política y social, y establecer los factores que influyen en la dirección del voto. No obstante, los resultados electorales también están determinados por el comportamiento individual, de ahí que el análisis micro sea pertinente para entender por qué los electores dividen su voto entre distintos órdenes de gobierno.

Antes de profundizar en el modelo, es importante distinguir entre gobierno yuxtapuesto, gobierno de oposición y gobierno dividido. El primero ocurre cuando, dentro de un territorio bien definido, una unidad subnacional (sea estado o municipio) es controlada por un partido distinto del de la unidad más grande (sea federación o estado). El segundo término se refiere a los municipios no controlados por el PRI. El tercero implica una situación donde el partido al que pertenece el ejecutivo no cuenta con el control mayoritario del Congreso. Mientras este último tipo de gobierno se enfoca en la división del poder entre las ramas del mismo, el yuxtapuesto se aplica a la distribución del poder entre las distintas unidades territoriales que, evidentemente, no tienen el mismo peso.

De Remes utiliza cuatro variables explicativas para entender el surgimiento de los gobiernos yuxtapuestos: 1) estructural, para establecer las correlaciones entre los indicadores socioeconómicos y la dirección del voto; 2) choques exógenos como las crisis económicas que pueden influir en el comportamiento electoral; 3) comportamiento individual en términos de preferencias de los votantes que pueden alterar los resultados de las elecciones; y 4) reglas electorales (instituciones) que afecten los incentivos de los votantes y candidatos.

A pesar de las críticas y la evidencia empírica que muestran las limitaciones de la teoría de la modernización aplicada al contexto latinoamericano, varios estudios electorales la han empleado para el caso mexicano. Estos análisis tratan de medir la movilización política (variable dependiente) en términos de competitividad del sistema y participación electoral, a par-

tir del desarrollo económico, estructura social y tradicionalismo (variables independientes). Los resultados arrojan una correlación positiva entre modernización económica y voto por los partidos de oposición. No obstante, la participación no corrió con la misma suerte. De hecho, se encontró que el grado de desarrollo no estaba forzosamente relacionado con el nivel de votación. Aun así, el autor rescata algunos indicadores de la literatura de la modernización útiles al concepto de yuxtaposición: urbanización (acceso a la comunicación e información), educación, participación (aunque resulte difícil de medir) y competitividad del sistema. Con cautela, se puede decir que los municipios más urbanos, con menos analfabetismo y elecciones relativamente competidas tienden a tener gobiernos yuxtapuestos. Una interesante observación (o anomalía a este patrón) sería el caso de los municipios rurales de Chihuahua, los cuales tuvieron una altísima votación priista (70%) mientras la gubernatura la ganó el PAN. De este modo, las municipalidades se volvieron "no intencionalmente" yuxtapuestas al gobierno estatal. Por otra parte, la participación es difícil de operacionalizar porque, como Molinar demuestra, la estrategia del PRI para ganar elecciones consiste en el relleno de las urnas electorales de modo que no se pueda obtener el número de votantes reales.

Las crisis económicas pueden ser el catalizador para aumentar el número de gobiernos yuxtapuestos. Las dificultades que presentan son: la falta de claridad en cuanto a su comienzo y culminación, la distorsión provocada por el ciclo electoral, y los efectos retardados que tienen sobre el comportamiento de los votantes.

La literatura correspondiente a la (des)alineación y (re)alineación partidaria, relacionada con la de la modernización, tiene efectos interesantes con respecto al fenómeno de los gobiernos yuxtapuestos. En general, se considera que la (re)alineación partidaria cambia los patrones de dominación electoral. Dentro de sus supuestos, no siempre explícitos, están: 1) son modelos conducidos por la demanda (el comportamiento del votante conduce al cambio en la fuerza partidaria); 2) se asume que el votante posee un nexo permanente con un partido político y que, bajo circunstancias normales, votaría por él; y 3) las (re)alineaciones no son un fenómeno cotidiano; por lo mismo, debe haber un catalizador que dispare el proceso de des(alienación). Diversas son las críticas que esto recibe: por una parte, está la historia del lado de la oferta (políticos) como punto de partida y, por la otra, no se sabe cuándo se inicia y termina el proceso de (des-re)alineación. De hecho, puede tomar varios años cambiar las preferencias de los votantes y, con ello, las lealtades partidarias.

Del mismo modo, resulta cuestionable la forma de medir el cambio en la distribución de las lealtades partidarias. Primero, se busca el grado en que

difiere el voto respecto de la distribución del mismo en las elecciones previas. Para operacionalizarlo, se iguala el comportamiento electoral con las actitudes partidarias. Esto no es del todo cierto porque pueden darse los votos estratégicos sin ningún cambio en la identificación partidaria. Además, si una elección muestra un desvío brutal de la distribución previa de los votos, no implica un cambio masivo en las lealtades partidarias. Finalmente, es necesario distinguir las circunstancias bajo las cuales una elección crítica lleva al nacimiento de un partido de aquellas en donde sólo produce cambios en la membresía de los partidos establecidos. A pesar de ello, esta literatura se ha aplicado al caso mexicano aunque también se ha puesto énfasis en la importancia de los aspectos regionales.

Considerado el primer acercamiento (macro) al fenómeno, mediante las variables estructurales, es posible complementarlo con un enfoque micro. Aunque la literatura del gobierno dividido, relativa a los factores que afectan el comportamiento de los políticos, no corresponda a la realidad mexicana, como es el caso de la incumbencia (no hay reelección) y profesionalización del Congreso (la experiencia demuestra que ésta se ha alcanzado más en la rama ejecutiva que en la legislativa), lo referente al comportamiento electoral provee una explicación más completa porque toma en cuenta tanto la división del voto entre distintos niveles del gobierno, como el *timing* electoral y las consecuencias de las reglas electorales. Los modelos que explican la división del voto se basan en el trabajo de Anthony Downs. Este autor postula que el votante medio cierra el abismo existente entre las ideologías extremas o las políticas, al dividir su voto entre el Congreso y la Presidencia. Esto se puede extrapolar a los gobiernos yuxtapuestos, donde la división del voto ocurre en los gobiernos municipal y estatal. No obstante la capacidad que dichos modelos tienen para explicar el comportamiento individual, presentan varios problemas metodológicos y prácticos: 1) es difícil utilizarlos en sistemas multipartidistas, aunque en México la competencia electoral en el ámbito subnacional ocurre dentro de un formato bipartidista; 2) cuando dos partidos ofrecen opciones cercanas al centro, la división del voto declina y las preferencias ideológicas importan más; y 3) no resulta fácil encontrar al votante medio dentro del sistema partidista mexicano, debido a la flexibilidad programática e ideológica del PRI para acomodarse dentro de un espectro más amplio tanto de izquierda como derecha. Respecto del tiempo de las elecciones, Shugart sostiene que la incidencia de los gobiernos divididos es mayor en elecciones no concurrentes, y el grado de ocurrencia, resultado de las elecciones concurrentes, aumenta cuando las reglas electorales son locales más que nacionales. En México, las elecciones concurrentes no tienen efectos localizados en vista de que no hay reelección y así los políticos son menos responsables frente

a su electorado. Aún más, los candidatos que compiten por puestos públicos deben ser nominados por un partido nacional. Sin embargo, la probabilidad de que ocurra un gobierno yuxtapuesto aumenta en las elecciones no concurrentes. En otras palabras, cuando la competencia por la gubernatura no está en juego, los electores utilizan la elección municipal como plebiscito para juzgar el desempeño estatal; votan por un partido minoritario si no están de acuerdo con la gestión (un ejemplo sería la provisión de los servicios públicos). El caso de Chihuahua en 1995 lo demuestra: los ciudadanos votaron en contra del gobierno panista estatal, de modo que el PRI ganara varios municipios.

Desde una perspectiva economicista, De Remes trata de operacionalizar la relación existente entre las variables estructurales, la crisis económica y las elecciones no concurrentes con el fenómeno del gobierno yuxtapuesto (visto como variable dependiente de tipo *dummy*). Empero, al parecer, la regresión lineal que propone no supera los problemas inherentes a la medición de algunos de sus indicadores. Así pues, aunque trate de aumentar la capacidad explicativa de su modelo, al superar las limitaciones de los enfoques precedentes, la inclusión de variables como la participación política y la crisis económica tiende a restarle fuerza debido a las dificultades para operacionalizarlas. De hecho, el autor propone hacerlo mediante el uso exhaustivo de información, la cual en realidad no es posible encontrar en el ámbito municipal. Los municipios en México son tan heterogéneos en cuanto a sus capacidades administrativas, que es imposible recabar datos precisos sobre la tasa de crecimiento de cada uno de ellos. Tampoco es simple la tarea de medir el impacto de las crisis económicas, término por definición ambiguo, sobre cada municipalidad. Es indudable que los municipios más urbanos, con mejores oficinas administrativas, pueden proveer dicha información. No obstante, no se debe ser tan optimista con respecto a los municipios mayormente rurales que carecen de sistemas administrativos o de cómputo modernos.

Un factor adicional que requiere más atención es la conflictiva relación centro-periferia, independientemente de los partidos que gobiernen ambas esferas. No es tan cierto que las municipalidades yuxtapuestas sean más combativas en cuanto a la obtención de recursos. De hecho, una de las grandes demandas históricas de los municipios, aunque sean priistas, es la de más recursos y mayor capacidad de decisión sobre ellos. Por lo mismo, aunque aumente el nivel de competitividad interna y se produzca un doble gobierno dividido —situación donde opera un gobierno dividido y yuxtapuesto simultáneamente en la escala local, como en Chihuahua, Aguascalientes y Guanajuato—, considerar que son fenómenos que se refuerzan mutuamente, sólo por la alternancia política, es tener una visión parcial a

este respecto, ya que las tensiones responden también a las reclamaciones municipales por su falta de autonomía real.

Una propuesta interesante que hace el autor para identificar los efectos del ámbito nacional (o local) sobre sus contrapartes, es la de la estrategia partidaria. Así, supone que el PAN tiene más bien una estrategia que va incrementándose, esto es, que primero gana elecciones municipales, luego gubernaturas y finalmente influye en las nacionales. La estrategia opuesta sería la del PRD, que primero tiene resultados en el ámbito nacional y posteriormente desciende hacia el subnacional. El PRI emplea una estrategia mixta: 1) en los estados gobernados por la "línea dura", los resultados subnacionales influyen sobre los nacionales, y 2) en el resto, los resultados electorales nacionales pueden ser un buen pronóstico para los locales. En todo caso, aunque sean hipótesis atendibles, requieren validarse.

Indudablemente, la contribución teórica de Alain de Remes a los estudios electorales mexicanos es sumamente valiosa. El autor intenta trascender el alcance de los análisis tradicionales, enfocados sólo en los aspectos estructurales, al introducir la perspectiva individual para analizar los comportamientos electorales. En este sentido, el *rational choice* puede proveer de valiosas pistas en cuanto al cambio de preferencias de los votantes, fenómeno visible e indispensable para comprender el surgimiento de los gobiernos yuxtapuestos. Quizá la debilidad de esta aproximación esté en la utilización de evidencia empírica que corrobore las hipótesis. Así, descarta los gobiernos yuxtapuestos "no intencionales" en el ámbito municipal, porque dicho fenómeno se produjo a la inversa: un gobierno municipal rural priista opuesto a uno estatal panista. Por lo mismo, no considera las municipalidades yuxtapuestas con alta votación priista. Una conclusión interesante al respecto es que el solo hecho de tener gobiernos yuxtapuestos no implica mayor democracia interna.

La gran innovación del autor se refiere al uso simultáneo de ambas perspectivas en vista de que la transición democrática en México está condicionada tanto por las instituciones como por las conductas individuales. Es evidente que mientras sea mayor el número de variables que se consideren, mayor será también la capacidad explicativa que se tenga. No obstante, aunque teóricamente se disponga de un modelo muy acabado, los riesgos de operacionalizarlo mal estarán siempre presentes, lo cual puede ir en detrimento de su aplicabilidad.

ÉRIKA M. HERNÁNDEZ VELÁZQUEZ